

DISCURSO CUARTO.

Continuacion del antecedente.

Decís, mi amado Vizconde, que *los incrédulos que conoceis, son unos hombres llenos de virtud y buena fe.* Lo concedo así: pero tambien son unos hombres que como vos mismo, se han *alistado* en esa asociacion, sin poseer su espíritu, sin ser propios para sostener aquella empresa, ni menos para desempeñar el papel de que se han encargado, que tanto repugna á su índole y sentimientos. Una propension irresistible, que incesantemente los está impeliendo al Cristianismo que es la perfeccion de cuanto hay de bueno, virtuoso y justo, los restituiria bien pronto á su seno, si las razones de situacion y circunstan-

cias no les impidiesen dar oidos á la voz interior que les clama, que son unos discípulos muy mal *iniciados* en la política de la secta, la cual se revela con reserva y sigilosamente; y aunque tolera en las almas delicadas un resto de veneracion á la virtud, esta desaparece juntamente con la moral en aquellos que han recibido la plenitud del espíritu filosófico, que consiste en aniquilar toda idea de orden y de justicia, en proscribir irrevocablemente lo que corta el vuelo á la independenciam, ó circunscribe la libertad. No, no faltará jamas otra cosa á la Incredulidad para que todos los hombres la teman y la odien, que lo que falta á la Fe para que universalmente la adoren y la amen en la tierra, y es ser profundamente conocida.

¿Por qué el vicio cuyo imperio se

estiendo á todas las edades , y que propende naturalmente á destruir todas las ideas que le contrarian, guardaba tan profundo silencio en los tiempos de la idolatría? ¿Por qué no se revestia de aquella forma filosófica y científica que tan diestramente le disfrazaba hoy á nuestros ojos? ¿Cómo es que no componia libros contra las verdades de la otra vida , y en que el menosprecio de los dioses del Tártaro y de los Campos-Eliseos , se fuese insinuando bajo el prestigio de una elocucion fina en el ánimo de los hombres , para que exentos de todo recelo se librasen de los remordimientos? Porque á mas del freno de las leyes, y de la poca seguridad que se hubiese logrado en conmover ó socavar los cimientos de un culto que dependia de la constitucion del estado , con el cual guardaba tan íntima armonía,

que á los que hubieren tratado de faltarle al respeto , hubieran sido perseguidos como enemigos de la patria; á mas de esto , las pasiones todas se hallaban en campo libre , porque en aquella confusion y multitud de dioses , de inclinaciones y genios tan diversos tenian como el equivalente del ateismo , y así le era superfluo á la corrupcion promover discusiones , y formar sistemas en el seno de una Religion que le concedia altares , y la admitia en su ceremonial. Esta tranquilidad de la depravacion humana era el estrago sordo y silencioso de una inundacion , que no hallando diques por delante , todo lo anega , lo arrastra y lo desuela sin estrépito.

Pero luego que todas las pasiones desordenadas se vieron espuestas á la ignominia por la caída de la idolatria, y amenazadas de un eterno castigo

por el establecimiento del Cristianismo, no ha tardado en estallar su odio entrañable á todo lo que las sujeta, agitándose el vicio en todas direcciones, para recobrar la libertad y la impunidad que habian perdido en aquella revolucion. Juntáronse pues unos hombres tenebrosos y dijeron: Publiquemos que *no hay Dios*; el mundo libre de ese poder importuno y severo, se transformará de nuevo en teatro de una absoluta independencia, y no cesaremos de repetir á todos los pusilánimes, á quienes inquiete el temor del porvenir: *no hay justicia ni inteligencia sobre vuestras cabezas*. Este es el brutal y estúpido estratagema cuya espantosa deformidad han emprendido disfrazar con desfachatez bajo formas académicas los primeros libertinos, que se sublevaron contra la severidad del Evan.

gelio. Y bien que no se aguardase ver resucitar este horror en la pluma de nuestros contemporaneos, se ha renovado en nuestros dias en medio de la grande claridad que la Fe esparce por toda la tierra, este tan horroroso sistema armado de todo el aparato de la mas seria dialéctica; y un miserable desertor de la Religion, de su Príncipe y de su Nacion, no se ha detenido en sacar esta inmundicia del fondo de su cloaca, y en presentar á sus conciudadanos la mas cenagosa invencion del vicio, como una doctrina, en la que deben terminar todas las indagaciones de una razon superior y profunda.

Así el autor del *Sistema de la naturaleza*, acelerando la reduccion de todos los sistemas filosóficos al ateismo, ha atropellado las intenciones de su secta que no se proponia aun

abrir el desenlace de sus graves intrigas ¹. Habia acordado con mucha sa-

¹ Este audaz escritor ha recibido contradicciones, denuéstos y confutaciones aun de los mas celosos de sus principios; porque siendo tan facil *reconocer al artifice en la obra*, nadie se ha dejado engañar de la diestra precaucion de sacar del sepulcro de un hombre de bien, el nombre que ha colocado al frente de su libro. De esta monstruosa produccion resultará siempre, que al que quiere adoptar lógicamente los sistemas contrarios á la Fe, se le resuelven todos en el ateismo, y que toda doctrina que se encamina á estrañar á los hombres del Evangelio, refluye naturalmente en este espantoso abismo. A mas de esto, el Señor *le Franc*, Arzobispo de Viena, en su escelente obra *de la Religion vengada de la Incredulidad por la Incredulidad misma*, ha estrechado muy geoméricamente al autor del *sistema de la naturaleza* á que pasara del punto en que creyó podia detenerse, y este solo paso le hace caer en la sima del Pirronismo mas estúpido y mas abs oluto.

gacidad no amedrentar el mundo con ideas tan estraordinarias, sino antes bien lanzar en la apariencia los mas fulminantes anatemas contra los antiguos ateos, y establecer la necesidad de un Dios y de una providencia. La prudencia que dictó aquella decision no se detuvo aquí, sino que pasó mas adelante. Pensemos en que hay almas, digeron entonces, estremadamente débiles y temerosas, que tienen un miedo indeleble á Dios y al porvenir; degémosles pues creer que Dios quiere ser adorado, y que hay virtudes y deberes en esta vida, castigos y recompensas reservadas para la otra, porque todos estos artículos no tienen consecuencia, si logramos que desechen toda revelacion. Con efecto, si se admite que Dios no habla á los hombres sino en el fondo de su conciencia, á sí mis-

mos y á nadie mas son responsables de sus acciones y conducta. Su conciencia, no suministrándoles mas luz de la que les acomode, no estorbará en nada sus inclinaciones, y siempre estará á las órdenes de su corazon, y juez entonces absoluto é imparcial del mal y del bien, será el solo criador de sus principios y de su moral. ¿Qué otra cosa se necesita? ¿La libertad se consideraria mas segura bajo los pabellones de Espinosa? Acertemos tan solo en hacer odioso y ridículo al Cristianismo, y se desvanecerán como el humo todas las reglas que ponen trabas á la independenciam. Para dar á la Fe este golpe decisivo, vendámonos primeramente por hombres dotados de sensibilidad y de dileccion, respirando compasion de los que son víctimas del infortunio, y conmovidos tan solo del santo amor

del orden y de la paz, hablemos siempre de ilustrar y hacer dichosa á la ciega *Humanidad* que padece. Gimamos profundamente de las espesas tinieblas que cubren el horizonte de nuestra patria; y lancemos amargos suspiros hácia aquellas venturosas comarcas del Norte, á donde nuestra supersticion é ignorancia han ahuyentado *las luces y la felicidad*; y cuando el mundo no pueda ya dudar de la verdad de nuestros sentimientos y de nuestro celo, mostrémonos mas intrépidos y alentados: aventuremos algunas erupciones enérgicas: hagamos marchar á la descubierta á algunos partidarios subalternos, cuya temeridad no se imputará á sus gefes. Insensiblemente tomará aumento la comision, y será respetable; los grandes y los pequeños, los doctos y los ignorantes pretenderán ser teni-

dos por difíciles en la creencia; dudarán, discurrirán, dogmatizarán, y el menosprecio de la Religión y de sus leyes llegará á ser la filosofía por excelencia. Entonces no guardemos ya respeto alguno, y transmitiendo el language de la Incredulidad desde nuestras bocas á todas las sociedades, diseminemosle en nuestros escritos, cualquiera que sea su designio, sin conocer cosa alguna incompatible con el descrédito y vilipendio del Cristianismo; amalgamémosle con todos los vicios que han reinado en su seno; apropiémosle las ridiculeces de la superstición; imputémosle todos los estragos del fanatismo; y acomodándole todas las iniquidades de la tierra, hagámosle responsable de toda la sangre que se ha derramado en su nombre, y tracemos su cuadro, compuesto de todas las monstruosidades mas

espantosas, que una imaginacion caliginosa puede avocar del seno del infierno.

Así es como han raciocinado en su frenesí los enemigos de la sabiduría; por este plan han emprendido desencadenar todos los vicios y abandonar el mundo al desorden de las pasiones. En vano se han desvelado en modificar, atemperar, y variar las formas y procedimientos, la unidad de fin reúne ateos, materialistas, deístas, y todas las especies de incrédulos en una sola clase de hombres, considerándolos á todos ellos como el azote y tormento de la virtud, y los destructores de la sociedad?

Y pues vos, mi querido Vizconde, hallais tanta dificultad en creer, que los filósofos irreligiosos no hayan tenido otra mira que la ruina de las costumbres, permitidme os haga es-

ta pregunta : ¿ cuál sería el medio mas eficaz , que podría emplearse para corromper todo el género humano , desterrar de la tierra toda idea de justicia y de virtud , y librar al mundo de todo deber y dependencia ? ¿ No es evidente que este medio será apagar en los corazones el remordimiento , la esperanza , el temor de Dios y de los hombres ? inducir á cada individuo á no amar mas que á sí mismo en el universo ? á hacerse el centro y el fin de todo lo restante ? y á no saber rendirse en la adquisicion del bien estar personal sinó á la imposibilidad de conseguirle á medida de sus deseos ? Preciso es cerrar voluntariamente los ojos para no ver con claridad , que á este menosprecio de toda autoridad , á este olvido de todo principio , y á este egoismo destructor de toda virtud social , se reducen

y encaminan todos los sistemas , todas las máximas , y todos los planes de la Incredulidad. ¿ Quereis formaros una idea de lo que sería el teatro del universo , si fuera regido por la sola inspiracion del espíritu filosófico ? Representaos unos hombres siempre dispuestos á devorarse , y que no pueden pasar los unos por delante de los otros , sin la desconfianza y terror que infunde el encuentro de los tigres y leones. ¿ Y que en el *siglo de las luces* se haya admitido con seriedad , lo mismo que una perversidad absurda pudiera inventar de mas funesto al reposo del mundo ? Pensad bien estas terribles reflexiones ; porque ciertamente , aunque la Incredulidad fuera menos culpable en su motivo , y aun cuando pudiera justificarse de la infamia de haberse propuesto causar tantos males á los hombres ,

y su desgracia , mereciera nuestro odio y detestacion por haber hecho infeliz á la humanidad y producido su desolacion. ¿Puede jamas conciliarse vuestra estimacion la obra de la iniquidad? ó ¿podeis aceptar con indulgencia y agrado lo que os presentase vuestro enemigo para perderos?

Pasando ahora á otras consideraciones algo mas profundas, Señor Vizconde, acabareis de convenceros de la malignidad del artificio filosófico, si observais bien: 1.^o que si cada hombre fuera realmente un ser aislado, absoluto y libre de toda especie de relaciones; que no fuera ni efecto de una causa superior, ni objeto de un designio, ni parte de un todo, seria imposible imaginarse unos deberes, ni figurarse unas virtudes, ni aun recelar, ó entrever una dife-

rencia de bien y de mal. En una palabra, no podria haber ni Religion ni moral, ó mas bien, si así lo quereis, toda la moral consistiria en la conformidad de las inclinaciones y de las acciones humanas con el interes esclusivo de la felicidad personal; en cuya suposicion la ventaja de cada individuo seria la regla de toda justicia, y su poder no conoceria mas límites que sus fuerzas. Y ved aquí lo que os he presentado como el voto esencial del partido filosófico.

Pero, 2.^o escuchemos por un momento la voz del sentimiento y de la naturaleza. La primera verdad que se le descubre al hombre, luego que empieza á reconocerse á sí mismo, es el doble vínculo que por una parte le subordina al ser supremo de quien es la otra, y por la otra le une con la sociedad, de la cual es miem-

bro. Este es el primer germen de la moralidad que distingue nuestros hábitos: y de estas dos relaciones del hombre derivan y fluyen, como de un manantial único y fecundo, todas las leyes y todos los preceptos que deben arreglar el uso de su libertad, y decidir si es justo ó perverso, bueno ó malo. La justicia no es pues otra cosa que la conformidad de nuestras facultades con las dos relaciones ó vínculos que contraemos al salir á la luz; y de este principio tan sencillo y patente, debieran partir naturalmente los que se han puesto á darnos *Códigos de la naturaleza, Interpretaciones de la Naturaleza, Sistemas de la Naturaleza*. No se necesitaba para esto afectar mucha devoción, ni comprometer la dignidad de filósofo; bastaba sacrificar el ateísmo á la verdad; es

decir, el oprobio del último embrutecimiento al honor de ser hombre. Estas ideas primitivas y elementales muy bien podian servir de basa á las miras de los filósofos en la moral, política y legislación; pero un cuerpo de doctrina apoyado en nociones tan sanas, y guardando enlace y consecuencia, hubiese guiado necesariamente á unas máximas muy contiguas á las del Evangelio, y se hubiesen dispuesto los hombres á amar lo mismo que se trataba hacerles aborrecer.

Espliquemos 3.^o en qué manera esta correspondencia de vínculos de que acabo de hablar, es el verdadero y único fundamento de toda justicia. El hombre considerado en su relacion con el ser infinito, como criatura suya, y de quien depende con la dependencia mas íntima, ab-

soluta y universal, no puede sin desconcertar, y desnaturalizar sus facultades, darles una direccion que contrarie esta subordinacion esencial. Y pues reside en él un principio que piensa, que juzga, que estima y que ama, es consiguiente que ha de reconocer el imperio supremo del criador, dándole el primer lugar en su estimacion, en su afecto y en su amor, y solo aquellos que no quieren ver nada en el cielo ni en la tierra, pueden dudar que este sea el orden inmutable y necesario de las cosas. Si el hombre pues halla en su interior principios que se oponen, y contradicen la conservacion de esta inviolable harmonía, tambien siente al mismo tiempo la necesidad de resistirles y combatirlos, porque por oscura que le sea la causa de esta division, no hay cosa alguna que pue-

da debilitar á sus ojos la evidencia del precepto que le imponen su conciencia y su razon, de ceder á Dios en su entendimiento y en su corazon el mismo lugar que ocupa en la naturaleza. De lo cual se infiere por necesaria consecuencia: *Luego el hombre aunque estuviera solo en el mundo, debe obedecer á su Dios y mandar á sus sentidos. En la mas profunda soledad á donde se oculte, ha de vivir con Dios y consigo mismo, y en el retiro mas aislado tenemos un Señor que contentar, un imperio que gobernar bajo sus órdenes, súbditos que reducir, y un pueblo de pasiones que domar y someter: tenemos que contener una imaginacion extravagante é imperiosa, que quiere reinar sobre el entendimiento; tenemos que sujetar unos sentidos rebeldes, que quieren gobernar á la razon; te-*

*nemos que reglar unos humores sin freno y sin ley, que nos subyugan á las veces; tenemos que reducir necesidades inmensas, que claman sin cesar; y las ideas quiméricas de gloria y de felicidad, que multiplican tambien hasta lo infinito aquellas necesidades y deseos*¹. Vemos en el Evangelio, mi caro Vizconde, por qué *abnegacion, vigilancia, mortificacion y penitencia* no son otra cosa, que la esposicion de aquella sana y antigua filosofia que pone á Dios y al hombre en su lugar; y la moral del Evangelio es el verdadero *sistema de la naturaleza*, y de la Religion.

Si, 4.^o consideramos ahora al hombre en su relacion con la sociedad, percibiremos con no menor claridad el principio de todos los deberes del ciudadano. Veo yo desde luego sin

¹ Ensayo sobre lo bello.

una grande aplicacion, que la preferencia que debo á la sociedad sobre mí, se refiere y encamina á la que debo al mismo Dios: porque sin trastornar el orden no puedo negar esta antelacion á todo aquello que Dios prefiere á mí, puesto que el ver, juzgar, estimar y proceder de otro modo que él, me aparta y distrae de la verdad, pervierte el destino de mi entendimiento, y deja el movimiento de mis facultades como *escéntrica* del de la suprema inteligencia, que debe servirme constantemente de norte en esta vida, y hace desaparecer mi dependencia. Es pues visible que Dios quiere directamente y con mas especialidad la existencia, conservacion y felicidad de la sociedad, que el bien ó la duracion de uno de los individuos que la componen; siendo esta una verdad de principio, que

se manifiesta á los ojos de todos en aquella ley primitiva, segun la cual los hombres descienden de un origen y tronco comun, nacen iguales, y se multiplican y suceden, para que en medio de las ruinas de la mortalidad humana, la sociedad subsista y se perpetúe conforme á las miras profundas de la divina sabiduría. El hombre encuentra á su lado y tambien sobre él un centro para sus facultades y acciones; se debe tambien todo entero á esta divinidad de la tierra, la obra mas magnífica y el objeto mas noble de los designios de la divinidad del cielo; de suerte que no puede romper los vínculos sagrados que le enlazan con los otros hombres, sin aislarse al mismo tiempo del Ser infinito, que es el centro universal, y el fin eterno de toda criatura y de toda economía.

Por una consecuencia necesaria, todo hombre debe tambien ceder la precedencia á todo lo que tiene una influencia mas universal é inmediata que él en la conservacion, interes y bien estar del cuerpo social; y debe considerar en el mismo lugar que á él, ó lo que es lo mismo, estimar y amar como á sí mismo á todo individuo que se halla colocado en la misma línea que él ocupa, y que influye en igual proporcion á la harmonía general; de aquí todos los deberes del hombre con la patria, con los soberanos, y con sus conciudadanos.

Con razon pues he sentado que nuestra *justicia*, esto es, lo que nos hace perfectos y buenos, *resulta esencialmente de la conformidad de nuestras acciones y hábitos con nuestras relaciones*. Como resultado de nuestras relaciones con la divinidad, es

la *Religion*; y como derivada de nuestra correspondencia con la sociedad y con todos los hombres que la componen, se llama la *moral*, siendo siempre la *virtud*, porque no puede subsistir sin la disposición á todos los sacrificios del interes personal.

El que reflexiona atentamente sobre estas nociones originales, contra las cuales desafía á todos los incrédulos de la tierra me opondan una sola idea que pueda presentarse, se siente precisado á convenir, que los autores de las Escrituras sagradas, sean cuales fueren, no han querido por lo menos alterar en nada el orden de estas verdades fundamentales; y que antes bien han tomado de las luces seguras de la razon todo el fondo de su doctrina, trazando por el destino natural del hombre, el plan del sistema que le presentan. En to-

do el libro, cuyo contenido respetan los cristianos como el depósito de las divinas revelaciones, no se propone ni manda cosa alguna á los hombres, que no se enderece á estrechar los lazos que los unen con Dios y con la sociedad, y á hacerles amar en sumo grado todos los deberes que esta doble union les impone. Mostrándonos al hombre que sale de las manos de Dios, y luego se asocia á un ser que le es semejante, y que á mas le reconoce por *la carne de su carne y el hueso de sus huesos*, nos descubre sucintamente, 1.^o la economía de la Religion que lo refiere todo á Dios como á su manantial eterno, y el centro inmutable de toda inteligencia; 2.^o el establecimiento de la sociedad, como el primer estado del género humano, y como un cuerpo, en el que nada muere, y al que se ha prometi-

do una eternidad. Sobre todo cuando vemos á todas las generaciones de la tierra descender de un solo hombre, como del padre comun de la familia inmortal, hallamos el poderoso interes de la naturaleza y de la sangre mezclado con todos los motivos que nos impelen á amar á los hombres, y hacer servir todas nuestras potencias á la conservacion y sosten del orden y unidad pública. Ese decálogo tan antiguo que nos trae Moises por haber salido del seno mismo de la Sabiduría, no contiene absolutamente otra cosa que la regla de conducta, que el hombre debe seguir para ser justo delante de Dios, y bueno con sus conciudadanos. Y en el Evangelio, Jesucristo viene á insistir con una nueva fuerza sobre estos dos puntos que lo encierran todo, y hace un mismo precepto del amor de Dios y de los

hombres, le llama *el primero y el mayor de todos*, *el suyo* por escendencia, al cual refiere toda la serie de su moral; no ha dicho una sola palabra que no se encamine á hacernos adorar á Dios en espíritu y en verdad; y á henchir nuestros corazones del amor mas generoso y tierno á todos nuestros hermanos; nos ofrece tantos egemplos, como lecciones de respeto y sumision á las potestades; y ni aun distingue este deber del tributo de adoracion que debemos á la Magestad infinita, hallándose el Cesar colocado al lado del mismo Dios en el mandamiento que nos impone de obediencia y fidelidad. Si en verdad pues los escritores de la Religion nos hubiesen dado por oráculos del cielo las producciones de su propio entendimiento, seria no menos cierto que habian hecho bien á los hom-

bres en reducir su razon á los mas puros principios , restituyéndola , por decirlo así , á su pais nativo , y que por consiguiente fueron verdaderos y escelentes filósofos. La maliciosa política de los malos ya se os presentará en adelante como un misterio.

Propóngase este problema : *Hallar un método infalible para destruir todas las nociones de justicia , de virtud y de deber.* La solución es esta : *cegar y aturdir á los hombres acerca de las relaciones que los enlazan á unos obgetos estraños , y que cada uno se crea su todo y su fin.* Ved ahí el sepulcro de toda idea religiosa y moral , y por consiguiente la ruina de todos los principios de las obligaciones humanas. Pues ¿quién ha intentado abrir este sepulcro , y causar esta ruina? tomad los libros de los filósofos , leed , juzgad y estremeceos.

DISCURSO QUINTO.

Carácter destructor y sedicioso de la Incredulidad.

Un filósofo que hace profesion de menospreciar la Religion , y de desacreditar su doctrina , por mas que afecte con todo estudio el tono y la sensibilidad de un hombre que se interesa cordialmente en el bienestar de sus semejantes , no evitará jamas la afrenta de pasar por un mal ciudadano y un perturbador del orden público. Tomando el carácter de apóstol de la humanidad , no puede proponerse ya otro fin , que disfrazar la idea odiosa de su verdadero carácter ; porque sabe bien , que en el fondo las leyes sociales quedan sin apoyo en un corazon que ha ocupado la